

# BATALLA DE AYACUCHO

(DICIEMBRE 9 DE 1824)

---

ESTUDIO DEDICADO AL EJERCITO DE VENEZUELA

POR

UN OFICIAL PERUANO



---

CARACAS

Imprenta Nacional

1914

# BATALLA DE AYACUCHO

( DICIEMBRE 9 DE 1824 )

---

ESTUDIO DEDICADO AL EJERCITO DE VENEZUELA

POR

UN OFICIAL PERUANO



CARACAS  
Imprenta Nacional.  
1914

*Excelentísimo Señor: Señoras, Señores:*

*Os agradezco vivamente la gentileza de vuestra presencia en esta sala. Os suplico que agreguéis a ella la tolerancia y la bondad para quien es simplemente un soldado y, como tal, más hombre de sentimiento que de palabra.*

*Mi propósito se reduce a recordar y a someter a la crítica técnica moderna la batalla de Ayacucho, final digno de la obra colosal del incomparable Capitán y caudillo de vuestra raza y del eminente colaborador que la ejecutó en el territorio de mi patria.*

*La amistad de nuestros países, honda, ininterrumpida y sincera, y nuestra gratitud por Venezuela no pueden demostrarse mejor que teniendo presente y analizando e ilustrando para enseñanza y aliento de la generación actual, la obra del Libertador en el Perú y la parte culminante que en ella tocó al Gran Mariscal de Ayacucho, cuyo aniversario es hoy precisamente.*

*Señores Generales, Jefes y Oficiales:*

*Bien sabéis vosotros que el soldado moderno tiene una tarea que cumple diariamente y un ideal que lo anima en todo el curso de su vida. La tarea constante es la afirmación de la autoridad y del orden y la defensa de la autonomía, de la integridad y del honor de la Patria. El ideal es la imitación de los grandes caracteres, de los héroes nacionales que la historia trasmite y entrega a la veneración y al cariño de las generaciones que les suceden.*

Nosotros los soldados del Perú y vosotros los soldados de Venezuela,—lo mismo que los de las otras tres repúblicas hermanas,—tenemos los mismos modelos y estamos, por tanto, vinculados en el propio ideal militar. En la aurora de la existencia venezolana y de la existencia peruana, nuestros progenitores se movieron a impulso de un anhelo común, sumaron sus esfuerzos, confundieron su sangre y, conducidos por el mismo Genio redentor de Naciones, tremolaron entrelazadas en los campos de batalla, estas gloriosas banderas; dejando así sembrada la unión y establecida la cooperación recíproca en el peligro y en la paz, a través del tiempo y de las distancias.

No ha de extrañarse, por eso, que mi primera palabra, en esta oportunidad, sea pronunciada para saludar en vosotros,—en mi nombre y en el de vuestros camaradas del Perú,—a los descendientes de los militares que las anteriores generaciones peruanas aclamaron y bendijeron. Y menos extrañará que me ocupe en rememorar el suceso de mayor trascendencia militar y política en nuestros dos países suceso que preside e ilumina toda nuestra historia y que fundamenta y explica la unión de orígenes y de destinos de las dos patrias y de los dos ejércitos.

El Orinoco y el Amazonas simbolizan muy bien nuestras patrias. Tienen su origen en los rientes arroyuelos que nacen en la gran cordillera andina, corren majestuosos a través de dilatadas selvas, separados por enorme distancia y van a depositar sus aguas en el mismo Océano. Y del propio modo que ni el Arte, ni la Ciencia, ni la Naturaleza misma, podrán jamás desviar las caudalosas corrientes del Amazonas ni del Orinoco, así tampoco nada será capaz de detener la marcha paralela hacia el progreso de nuestros dos países, ni de perturbar su amistad, ni atenuar su recíproco afecto.

---

## I

### ANTECEDENTES.

---

La batalla de Junín fué la escena inicial de la de Ayacucho, y para apreciar ésta debidamente, conviene narrar en forma sumaria los hechos realizados en esa primera etapa.

El 1º de setiembre de 1823 llegó a Lima el Libertador Simón Bolívar, y tan luego como el Congreso le confirió las amplias facultades de Dictador, se trasladó a Trujillo, que fué declarado residencia del Gobierno.

Allí Bolívar se dedicó con toda actividad a reconcentrar los dispersos elementos favorables a la causa de la Independencia, a organizarlos, a instruirlos y a prepararlos para llevar a feliz término la gran obra en que estaba empeñado, la cual significaba nada menos que la libertad de un mundo; pues mientras el Perú—emporio de la riqueza y fuerza colonial—continuara sujeto a la Madre España, Sudamérica no podía considerarse libre.

Una vez reunidos algunos de los contingentes de tropas que debían constituir el ejército de operaciones, Bolívar se trasladó con ellos a Huaraz que fué, acertadamente, elegido base.

En este lugar y en poco tiempo, el Libertador, que seguía con prudente observación el curso de los acontecimientos, contó con un ejército en el cual, con los hijos del Sol que con Tupac Amaru y Pumaehua iniciaron la redención del colosal imperio de Huayna Capac, se encontraban reunidos en fraternal comunión de intereses, aspiraciones e ideales, los vástagos del invicto Guayaquí cuyoos mitológicos «llaneros» enseñados por Páez, marchaban desde las vegas del Orinoco y las sabanas de las Queseras; peleando la libertad de un mundo; los camaradas de Ricaurte y Girardot con sus cabezas coronadas aun por los lauros de Boyacá; los descendientes de

los Sciris que descendían triunfantes desde las altas cumbres del Pichincha y los gauchos compañeros de San Martín, que en San Lorenzo se inmortalizaron y en Maipú dieron la independencia a Chile. Y al lado de esos americanos figuraban algunos europeos cuyos nombres obligan nuestra gratitud, de suerte que bien puede afirmarse que cada uno de los pueblos en que el sentimiento de la libertad se había hecho ideal y la aspiración de gloria se había transformado en sentimiento, contaba con dignos representantes en estas tropas, cuyos aceros tenían el temple de cien batallas.

Alma y guía de este ejército era Simón Bolívar, cuyo genio acababa de romper las cadenas de tres naciones (Venezuela, Colombia y Ecuador) para asegurar la independencia de las cuales iba a destrozarse las que aún sujetaban dos pueblos más (Perú y Bolivia).

Al lado de él y en lugar muy inmediato se destacaba la noble figura del Bayardo americano, Antonio José de Sucre, inteligencia clara y corazón esforzado, cuya espada—brújula del triunfo—señaló siempre el camino del honor y de la gloria.

Luego venían el intrépido argentino Mariano de Necochea con los ínclitos Generales Córdova, Lara, La Mar, Santa Cruz, Gamarra y sin orden de preferencia, la brillante pléyade de guerreros que habían puesto al servicio de la Independencia sus armas victoriosas, sus corazones generosos y sus brazos pujantes de invencidos caballeros.

A éstos estaban íntimamente ligados casi todos los que habían acompañado a San Martín en su obra política y redentora y que brillaban en el zénit de sus carreras como estrellas de primera magnitud.

Pero todo esto no había sido bastante para dar al Ejército patriota sólida instrucción, organización completa e inquebrantable disciplina. Por lo demás, las vituallas, vívires, ganado, armas y municiones ni fueron bastantes ni estuvieron proporcionalmente distribuidos.

Entretanto el ejército realista se encontraba en situación muy distinta: recientemente vencedor en el sur y sureste del Perú, era dueño de todo el centro y sur del país, dominaba en La Paz amenazando a Chile y Buenos Aires, con la costa y el mar libres para las operaciones navales; tenía a su cabeza un General como Canterac, de inteligencia tan grande como su bravura que era notable y a cuyo alrededor se encontraban Jerónimo Valdez, reputación brillante de la época, Monet, Villalobos, García Camba, Maroto, etc., todos tan hábiles como experimentados y dignos herederos del

tradicional valor castellano y demás virtudes marciales con que España supo conquistar mundos derrochando esfuerzos.

La organización era tan buena como correspondía a las mejores de esos tiempos; la infantería, que conservaba las famosas tradiciones de los tercios, era fuerte y bien comandada; la caballería—alma de esas tropas—se encontraba en el pie más admirable y obedecía a jefes como el mismo Canterac y el hábil Ferraz; y en cuanto a la artillería, los españoles la tenían organizada, en tanto que los patriotas no contaban con ella.

Los demás elementos, vestuario, equipos, ganado, dinero, armas y municiones de boca y de guerra, etc., los tenían en abundancia, puesto que eran dueños de la zona más rica y más importante de la colonia.

La instrucción, fruto de los esfuerzos de tan buenos oficiales, era motivo de justo orgullo para los que la daban y de esperanzas para los que la recibían; pero la disciplina, esa fuerza moral, condensación del alma de los ejércitos, sostén el más preciado de la Institución militar, no correspondía ni al buen nombre de esas tropas ni a los desvelos y expectativas de los superiores, ni a las necesidades de la campaña en que estaba empeñado. Así, la insurrección de Olañeta en Potosí desconociendo la autoridad del Virrey Laserna, sustrajo cuatro mil hombres al ejército español; para contenerlo se destacó a Valdez con cuatro escuadrones, cuatro batallones y dos piezas, y ese fué el momento preciso y propicio que aprovechó Bolívar para dar comienzo a las operaciones de la campaña que se inició en junio de 1824.

Una marcha admirable, a través de los nevados picachos de los Andes, en la que se distinguieron las disposiciones del General en Jefe, Bolívar, la múltiple y constante labor de Sucre, Jefe de Estado Mayor General y la audaz exploración de Miller, condujo al Ejército Unido a las pampas de Junín, donde el 6 de agosto, a bote de lanza y corte de sable se ganó una de las victorias más dramáticas en la historia de América.

#### DESARROYO DE LA CAMPAÑA.

Las tropas españolas vencidas el 6 de agosto, atravesaron enorme distancia de territorio en precipitada retirada, desde las pampas de Junín hasta el otro lado del Apurímac, perdiendo en la marcha armas, ganado, bagajes, hombres y, lo que es más, el valor moral, la ya quebrantada disciplina de sus tropas y su hasta entonces, nunca desmentida, gran reputación.

El objeto principal de esta operación no podía ser otro que la reconcentración al Cuzco, donde se encontraban el Virrey, las tropas que debían debelar la insurrección del Alto Perú encabezada por Olañeta y un grupo competente de fuerzas de todas las armas, todo lo cual convertía la antigua metrópoli del Tahuantisuyo en cuartel general de los castellanos.

Los patriotas, dirigidos por Bolívar, aprovechando el éxito que acababan de obtener, seguían muy de cerca a sus adversarios; pero sin tratar de hacer más que fatigarlos y disolverlos con la persecución tenaz que se llevó a cabo hasta Challhuanca (Aymaraes).

Al llegar las tropas españolas al Cuzco procedió el Virrey Laserna a organizarlas con el objeto de abrir nuevamente campaña que le permitiera tomar la revancha de los desastres sufridos y reconquistar el país que la Corona había confiado a sus merecimientos cívicos y militares. Tomó, para evitar rivalidades, el mando en Jefe del Ejército, dispuso que la División Valdez dejara de la mano al insurrecto Olañeta, y sin esperar ni estación favorable ni mayor acopio de recursos, decidió confiar a la suerte de las armas el destino de la Colonia.

Bolívar, entretanto, urgido por necesidades políticas, dejó el mando de las huestes libertadoras a Sucre y se dirigió a Lima a contraerse a los asuntos que reclamaban su atención personal.

Sucre, ciñéndose, con la severa disciplina del soldado subordinado a las instrucciones del Libertador, asumió situación defensiva, dedicándose a organizar las tropas y recursos de que podía disponer y mantenerse listo a contrarrestar los intentos del adversario, sin salir del rol que se le había señalado.

#### ORGANIZACIÓN DE LAS TROPAS.

En las tropas españolas las variaciones más notables fueron la toma del comando por el Virrey General Laserna y el nombramiento de Canterac como Jefe del Estado Mayor General y segundo suyo.

La infantería fué dividida en tres divisiones bajo los órdenes de los generales Valdez, Monet y Villalobos; la caballería obedecía al reputado Ferraz y la artillería era dirigida por el brigadier Cacho.

Sumaban estas tropas, 8.000 infantes, 1.500 ginetes y 14 piezas de artillería, a más del correspondiente Estado Mayor, elementos de reserva, impedimenta, etc., alcanzando a 11.000 la cifra total de hombres de tropa.

Los patriotas, orgullosos de sus éxitos, alentados por la grandiosidad de la causa que defendían y mandados por sus denodados caudillos, eran inferiores en número y recursos, tenían como General en Jefe a Sucre y como Jefe del Estado Mayor General al General Gamarra.

Hallábanse distribuidos de la manera siguiente:

La infantería en tres divisiones comandadas respectivamente por los Generales Córdova, Lara y La Mar.

La caballería a órdenes del General Miller era la misma que había dado el singular triunfo de Junín.

Y la artillería representada por dos cañones de a cuatro, tenía como Jefe al Comandante La Fuente.

El efectivo al comenzar las operaciones era de seis mil hombres, en conjunto, que ni contaban con elementos de refuerzos ni podían proporcionárselos con facilidad.

#### OPERACIONES.

Después de haber concentrado sus tropas en Limatambo, sesenta kilómetros al Suroeste del Cuzco, y teniendo todo dispuesto, el Virrey abrió campaña el 22 de octubre de 1824 atravesando el Apurímac por Ajcha.

Sus maniobras se dirigieron más a colocarse en situación de cortar las comunicaciones con Lima, que a atacar a los patriotas, lo que consiguió efectuando un movimiento envolvente sobre el flanco derecho del enemigo.

El 31 de octubre se encontraba en las alturas de Matará con gran parte de su problema resuelto; a pesar de lo cual, en lugar de dirigirse sobre los acantonamientos del Ejército Unido que quedaban a jornada de ataque, prefirió continuar el movimiento de flanco, hasta llegar el 18 de noviembre a Rajay-Rajay, donde acampó su grueso mientras la vanguardia adelantó hasta Huamanga (hoy Ayacucho), de donde tuvo que retirarse precipitadamente.

El ejército patriota se encontraba distribuido en una extensión de 120 kilómetros, ignorante de estas evoluciones; cuando las conoció por las exploraciones de la caballería de Miller, no dió muestra de alarma; Sucre, siguiendo su rol defensivo, concentró sus fuerzas en Lambrana y asumió situación de espera, estudiando con serenidad y claro ingenio el arduo problema que tenía que resolver.

El objeto principal de esta operación no podía ser otro que la reconcentración al Cuzco, donde se encontraban el Virrey, las tropas que debían debelar la insurrección del Alto Perú encabezada por Olañeta y un grupo competente de fuerzas de todas las armas, todo lo cual convertía la antigua metrópoli del Tahuantisuyo en cuartel general de los castellanos.

Los patriotas, dirigidos por Bolívar, aprovechando el éxito que acababan de obtener, seguían muy de cerca a sus adversarios; pero sin tratar de hacer más que fatigarlos y disolverlos con la persecución tenaz que se llevó a cabo hasta Challhuanca (Aymaraes).

Al llegar las tropas españolas al Cuzco procedió el Virrey Laserna a organizarlas con el objeto de abrir nuevamente campaña que le permitiera tomar la revancha de los desastres sufridos y reconquistar el país que la Corona había confiado a sus merecimientos cívicos y militares. Tomó, para evitar rivalidades, el mando en Jefe del Ejército, dispuso que la División Valdez dejara de la mano al insurrecto Olañeta, y sin esperar ni estación favorable ni mayor acopio de recursos, decidió confiar a la suerte de las armas el destino de la Colonia.

Bolívar, entretanto, urgido por necesidades políticas, dejó el mando de las huestes libertadoras a Sucre y se dirigió a Lima a contraerse a los asuntos que reclamaban su atención personal.

Sucre, ciñéndose, con la severa disciplina del soldado subordinado a las instrucciones del Libertador, asumió situación defensiva, dedicándose a organizar las tropas y recursos de que podía disponer y mantenerse listo a contrarrestar los intentos del adversario, sin salir del rol que se le había señalado.

#### ORGANIZACIÓN DE LAS TROPAS.

En las tropas españolas las variaciones más notables fueron la toma del comando por el Virrey General Laserna y el nombramiento de Canterac como Jefe del Estado Mayor General y segundo suyo.

La infantería fué dividida en tres divisiones bajo las órdenes de los generales Valdez, Monet y Villalobos; la caballería obedecía al reputado Ferraz y la artillería era dirigida por el brigadier Cacho.

Sumaban estas tropas, 8.000 infantes, 1.500 ginetes y 14 piezas de artillería, a más del correspondiente Estado Mayor, elementos de reserva, impedimenta, etc., alcanzando a 11.000 la cifra total de hombres de tropa.

Los patriotas, orgullosos de sus éxitos, alentados por la grandiosidad de la causa que defendían y mandados por sus denodados caudillos, eran inferiores en número y recursos, tenían como General en Jefe a Sucre y como Jefe del Estado Mayor General al General Gamarra.

Hallábanse distribuidos de la manera siguiente:

La infantería en tres divisiones comandadas respectivamente por los Generales Córdova, Lara y La Mar.

La caballería a órdenes del General Miller era la misma que había dado el singular triunfo de Junín.

Y la artillería representada por dos cañones de a cuatro, tenía como Jefe al Comandante La Fuente.

El efectivo al comenzar las operaciones era de seis mil hombres, en conjunto, que ni contaban con elementos de refuerzos ni podían proporcionárselos con facilidad.

#### OPERACIONES.

Después de haber concentrado sus tropas en Limatambo, sesenta kilómetros al Suroeste del Cuzco, y teniendo todo dispuesto, el Virrey abrió campaña el 22 de octubre de 1824 atravesando el Apurímac por Ajcha.

Sus maniobras se dirigieron más a colocarse en situación de cortar las comunicaciones con Lima, que a atacar a los patriotas, lo que consiguió efectuando un movimiento envolvente sobre el flanco derecho del enemigo.

El 31 de octubre se encontraba en las alturas de Matará con gran parte de su problema resuelto; a pesar de lo cual, en lugar de dirigirse sobre los acantonamientos del Ejército Unido que quedaban a jornada de ataque, prefirió continuar el movimiento de flanco, hasta llegar el 18 de noviembre a Rajay-Rajay, donde acampó su grueso mientras la vanguardia adelantó hasta Huamanga (hoy Ayacucho), de donde tuvo que retirarse precipitadamente.

El ejército patriota se encontraba distribuido en una extensión de 120 kilómetros, ignorante de estas evoluciones; cuando las conoció por las exploraciones de la caballería de Miller, no dió muestra de alarma; Sucre, siguiendo su rol defensivo, concentró sus fuerzas en Lambrana y asumió situación de espera, estudiando con serenidad y claro ingenio el arduo problema que tenía que resolver.

El Virrey, impaciente por atraer a Sucre a una batalla, continuó evolucionando, mientras su adversario solo principió a moverse el 29 de noviembre, haciéndolo con tanta calma y cautela que contrasta notablemente con los vigorosos y acelerados movimientos de los realistas, efectuándose entonces una admirable marcha de flanco, a la vista el uno del otro adversario, en la cual hubo necesidad de apoyar los desfiles sosteniendo combates parciales de poca importancia táctica, pero que aseguraban la operación estratégica que se llevaba a cabo con notable pericia por ambas partes.

#### PROYECTOS OPUESTOS.

Los movimientos y evoluciones que constituyen esta campaña dan clara idea del objetivo que quería alcanzar cada uno de los ejércitos beligerantes; estos eran:

Realistas.—El Virrey, midiendo bien sus movimientos, hallábase a la expectativa de circunstancias favorables, mantenía el contacto y trataba de rebasar las líneas del adversario; su propósito, era, pues, cortar la comunicación entre Lima y el Ejército Unido y obligarlo a aceptar batalla en sitios y terreno desventajoso, para, de un golpe, cortar la independencia del Perú, quedando en la posibilidad de continuar sobre Lima o de volver sobre Potosí.

Independientes.—El intento de Sucre era tomar la amplia y rica zona del Mantaro como de operaciones, en la cual dispondría de comunicación expedita con Lima y dejar el terreno difícil en que se encontraba, buscando también situación favorable para dar una batalla.

Para la realización de estos planes ningún punto ofrecía posición más ventajosa que Huamanga, centro de caminos, en zona que permite operar estratégicamente sobre cualquiera de las adyacentes, bien provista, fértil y propicia para poderse utilizar como base militar en todo momento, resultado ser el objetivo común de los dos adversarios, que dirigieran sus esfuerzos a alcanzarla.

El Destino, aliado de la Naturaleza, designaba los Andes como altar sublime para la consagración de la independencia.

#### BATALLA DE AYACUCHO.

Maniobras preliminares.—El 2 de diciembre pasó el ejército libertador el río Pampas frente a Matará, cuyas alturas

estaban ocupadas por los españoles. Sucre los provocó a la batalla pero fué rehusada.

El día 3 los patriotas atravesaban el estrecho desfiladero de Corpahuaico. Al observar los realistas esta atrevidísima operación, desplazaron su ala izquierda para destruir al enemigo en tan difícil situación; pero cuando practicaron este movimiento, ya la vanguardia y el grueso habían salvado la zona peligrosa, llegando la división Valdez a atacar únicamente la retaguardia, empeñándose al caer la tarde un combate bastante recio en el que solo la abnegación y esfuerzos de las tropas comandadas por los generales Lara y Miller pudieron salvar a los insurgentes de un descalabro total, no sin que perdieran 200 hombres, una de las dos piezas de artillería con que contaban y algunos bagajes y animales.

La acción de Corpahuaico dió al Virrey la seguridad de su éxito definitivo, considerándola como una finta que le había permitido, como resultado, apreciar en toda su extensión el valor intrínseco de su adversario.

El día 4 prosiguiendo en las hábiles maniobras que venían ejecutando, halláronse los dos ejércitos en Tambo-Cangallo, en situación tal que era de esperarse el combate. Sucre lo provocó nuevamente, pero Laserna, a pesar de sus anteriores deseos, prefirió aguardar mejor oportunidad.

Desde que se avistaron los dos enemigos en Matará, principió a ejecutarse una de las marchas más notables que se realizaron en aquella época y en la América. Ambos contendientes a la vista, los españoles, siguiendo por las alturas de un ramal de la cordillera occidental y los patriotas por la falda de la oriental, trataban de realizar sus propósitos estratégicos iniciales, sin por eso dejar de dificultarse la marcha que seguían con igual rumbo y objetivo y en la que si los separaba el abismo que forma la quebrada, los estrechaba, cada vez más, el vehemente deseo de destruirse.

La marcha de los castellanos consiguió cortar, al fin, la línea de operaciones de Sucre y atraerse algunos elementos, mientras que la del Ejército Unido habíale ocasionado algunas pérdidas.

Así continuaron las maniobras hasta el día 8 en que los dos rivales se encontraron frente a frente, anhelantes de lucha, deseosos y urgidos por las circunstancias, a resolver en un titánico esfuerzo el arduo problema que debatían.

Era ya imposible evitar o postergar el gran duelo; rehuirlo era la derrota moral y la pérdida material de elementos; los caudillos así lo comprendieron y encaminaron sus órdenes a realizar el combate.

## CAMPO DE BATALLA.

Las ricas mesetas de la cordillera andina son las páginas más hermosas en que el heroísmo ha trazado la legendaria historia de nuestros abuelos. Bien se comprende que la inmortalidad al elevar un monumento a la fama de esos titanes, no podía darle otro pedestal que ese: eterno y grande como sus épicas proezas. Por eso después de las extensas pampas de Junín no podía haber mejor escala para ascender al templo de la libertad que las majestuosas faldas del soberbio Condorcanqui!

Una vasta llanura, de suave declive, de cinco kilómetros y forma casi cuadrangular, que tiene del lado Norte y Sur barrancos escabrosos y profundos, que impiden hasta la tentativa de abordarlos con tropas; al Este el pueblo de la Quinua, sobre el camino Ayacucho y al Oeste la rocallosa montaña del Condorcanqui que corre de Sur a Norte con flancos inaccesibles. Tal fué el escenario de la última batalla que en Sudamérica se lidiara entre las huestes de la Independencia y los veteranos del Coloniaje.

### DISPOSITIVO.

Los patriotas desde la Quinua y los españoles desde las cumbres del Condorcanqui, se avistaron, se reconocieron y adoptaron el siguiente dispositivo:

*Españoles.*—En número de 9.510, dando frente a la Quinua, sobre la ceja de la montaña, las divisiones de infantería en líneas de columnas, ocupaban a la derecha cuatro batallones, dos escuadrones y cuatro piezas, al mando del inteligente y denodado general Valdez; seguía al centro la división Villalobos compuesta de cinco batallones y a la izquierda la tercera división mandada por el general Monet, de igual fuerza que la anterior.

Diez escuadrones y siete piezas, en dos líneas escalonadas a retaguardia, completaban el flanco izquierdo, constituyendo reserva los ginetes.

*Independientes.*—Llegaban a 5.780. Su línea resultaba un verdadero corchete, que tenía a la derecha al joven general Córdova con los batallones "Caracas", "Bogotá", "Pichincha" y "Voltigeros"; al centro la caballería con Miller, compuesta por los "Húzares de Junín", "Granaderos de Buenos Aires", "Granaderos" y "Húzares de Colombia"; la izquierda la formaba la división peruana al mando de La Mar, con

tituida por los batallones números 1, 2 y 3 y el regimiento "Legion Peruana"; adelante del centro se hallaba el único cañón y atrás, en reserva, la división Lara que contaba los batallones "Vargas", "Vencedor" y "Rifles".

Esta línea tenía a la espalda el pueblo de Quinua, al frente el Condorcanqui y a los flancos se apoyaba en barrancos.

*Tentativas.*—La noche del 8 durante la cual los puestos avanzados estaban tan cerca que casi se tocaban, pasó en reconocimientos, cuyo resultado fué el cambio de balas y el que las tropas se mantuvieran listas para la primera acometida o alerta.

*Preparativos.*—El sol del 9 de diciembre de 1824, desde sus primeros albores, vistió la naturaleza de gala, inundando las cumbres y el llano en resplandeciente derroche de luz y de colores. Los destellos de tan espléndida aurora fueron saludados en los campamentos con las más entusiastas dianas y a la marcial armonía de las músicas; una agitación de vida exuberante circuló en los vivaques de los ejércitos rivales.

Canterac reunió a los oficiales generales españoles y les dió de palabra las últimas disposiciones del Virrey, su General en Jefe.

Sucre, sereno, imperturbable, magnífico, recorre su línea, arengando a cada unidad, y no hallando ya nada que ordenar, ocupa lugar céntrico y con inspirada voz exclama proféticamente: "De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur". Y señalando las columnas enemigas con su espada terminó: "Otro día de gloria vá a coronar vuestra admirable constancia".

*La entrevista.*—La tradición refiere que en este instante vibró el toque de corneta que pedía parlamento, al cual adelantose el general Monet, quien fué recibido por el general Córdova; solicitó que se permitiera a los adversarios en cuyas venas circulaba la misma sangre, entrevistarse antes de dar principio a la reyerta, lo cual fué acordado por Sucre; pasando los que tal deseaban a distancia media a darse abrazo quizás postrero, para ir luego a medir sus armas con el valor y la lealtad de los caballeros. Después de este hermoso rasgo los españoles vistieron los arreos de parada e iniciaron el combate a las diez de la mañana.

*La batalla.*—Los españoles descendieron al llano apoyados por los disparos de su artillería, iniciaron los fuegos de fusilería y con vigoroso empuje rompieron el ala izquierda

de los patriotas, la caballería adelantó sobre ese flanco para asegurar el triunfo, el centro seguía estos movimientos apoyándolos con calma y la izquierda trataba de hacer descender toda su artillería.

Esta primera faz de la batalla era de buen augurio para los soldados del Virrey.

Del lado patriota la división La Mar trataba fieramente de sostenerse; Miller acudió con celeridad a sostenerla con sus ginetes, Lara distribuía sus batallones para apoyar ese flanco y sostener el centro, mientras Córdova en la aurora de la vida iba a llegar al zenit de la fama.

La izquierda realista estaba ya comprometida. Sucre, que no perdía detalle de la acción y que con su serenidad característica acudía con sus órdenes a todas partes, dirigiéndose a Córdova le dice mostrándole el lado débil del enemigo: "Si tomáis la altura, está ganada la batalla". Y el joven general, desmontando de su caballo, dá esta célebre voz de mando: "Armas a discreción. Paso de vencedores. Adelante!" Y escala así, rápido y entusiasta, la falda hasta llegar a cien pasos de la división Villalobos, donde se detiene, manda una descarga y se arroja impetuoso y terrible a la bayoneta, desconcertando primero, arrollando luego y despedazando por último el centro enemigo; Monet se lanza a reestablecer el combate, pero es detenido por Lara en sangriento choque y obligado a retroceder; mientras La Mar vuelve sobre Valdez, resiste sus formidables cargas y las rechaza al fin; en tanto que la caballería recibe con sus lanzas a los escuadrones enemigos y tras rudo choque los hace volver grupas en desorden.

Sin pérdida de instante, Sucre ordena la gran carga final y entonces todos se precipitan a terminar, con el supremo esfuerzo de ese acto decisivo, el triunfo obtenido, y escalan el cerro arrollando tropas y haciendo prisioneros, hasta detenerse en la misma cumbre, donde a la una de la tarde los clarines de Miller, las cornetas y tambores de Córdova, Lara y La Mar, hacían repercutir en los Andes, alegres y entusiastas, las dianas de la victoria que como eco sublime de las que vibraron en Carabobo, San Lorenzo, Boyacá, Pichincha y Junín, anunciaban al Orbe que en ese día quedaba sellada la Independencia de todo el continente Sudamericano.

*Resultados.*—Las bajas de los patriotas fueron nueve oficiales y trescientos de tropa muertos y seiscientos diez y nueve heridos.

Los españoles contaron mil cuatrocientos de los primeros y setecientos de los segundos; es decir, que el total de

las bajas de ambos lados, llegó al 25% de combatientes, cifra que demuestra lo reñido de la acción, en la que todos los detalles de la ejecución se desarrollaron con la corrección y orden de las evoluciones en un campo de maniobras.

El Virrey Laserna, herido y prisionero, firmó sobre el mismo campo de batalla una capitulación que es timbre de honra de la magnanimidad de Sucre. Por élla el resultado final de la acción fué la entrega de todo el Ejército vencido.

## II

### CONSIDERACIONES TÉCNICAS.

Pocas campañas y muy raras batallas ofrecen a la observación y al estudio militar más vasto y proficuo campo. La actitud de los dos adversarios es tal, en Ayacucho, que merece fijar detenidamente la atención sobre cada uno de ellos. Vamos a señalar, aunque sea someramente, algunos de los puntos en que pueden reflexionar, para deducir enseñanzas, los que tienen la hermosa profesión de defender la Patria y la obligación de mantener, resplandecientes de honra, las armas que legaron los que nos dieron nombre y bandera.

La acción de Junín, librada únicamente entre las caballerías de ambos ejércitos, aunque fué un hermoso y brillante triunfo para las lanzas libertadoras, no debió asumir las proyecciones de una derrota total para los españoles a quienes quedaba aun el fuerte núcleo de su infantería y artillería, las cuales una vez posesionadas del valle del Mantaro que, obligadamente tenían que seguir para dirigirse al Cuzco, habrían permitido a Canterac elegir línea de retirada conteniendo al enemigo eficazmente con la ayuda del terreno, cubriendo así su marcha, y amenazando vueltas ofensivas que habrían desgastado a los perseguidores. Pero el hecho de no utilizar las tropas que restaban y las condiciones tácticas del terreno convirtió el movimiento retrógado en verdadera derrota.

Bolívar, en cambio, se presenta tenaz y activo en la persecución, aprovechando así hábilmente el éxito de su caballería para dar término feliz a toda una campaña, empujando al enemigo hasta arrinconarlo en un extremo del país, dejando con esto la casi totalidad del territorio libre de su opresión. Su separación del mando personal y directo de las tropas que delegaba en su más leal colaborador, pone de relieve las cualidades de su múltiple génio que no podía restringirse al deta-

lle cuando el todo reclamaba su actividad y contracción; por eso se dirige a Lima donde desde su gabinete de político afianza sus éxitos de soldado.

Analizando ahora la campaña que terminó con Ayacucho, podemos apreciar que la persecución llevada hasta el Apurímac no podía continuarse más lejos, sin peligro, pues reunidas las tropas de Canterac a las de Laserna, que se hallaban frescas, habrían aniquilado fácilmente las fatigadas huestes independientes.

Rehechas las fuerzas y reorganizadas las unidades, la decisión del Virrey de abrir campaña inmediata era tan acertada como lógica, pues pretender sojuzgar antes a Olañeta habría sido dividir sus elementos. Y aguardar a que la estación de las aguas hubiese pasado para hacer marchas más cómodas habría sido dar al adversario tiempo y facilidades para engrosarse y acarrear mayores medios de combatir. En la guerra hay que tener presente que la inacción destruye a los ejércitos más que las penalidades. La guerra es asunto de moral y nada daña tanto la moral como la inactividad.

Sucre distribuyendo sus acantonamientos en ancha zona de territorio cumplía el que fué principio napoleónico y hoy es axioma militar: «dispersarse para vivir y concentrarse para combatir».

La marcha de Laserna desde Lambrana hasta el Apurímac y su plan de cortar las líneas enemigas, resultó de un notable valor estratégico y puede decirse que era la mejor solución del problema que iba a resolver. Reflexiónese cómo habría cambiado la situación general si el éxito hubiese coronado esas operaciones. Pero el no aprovechamiento de la pasividad en que se hallaba el adversario, al que pudo sorprender y destruir en detal, en su vivac, prueba la falta de la exploración y de los reconocimientos que deben preceder al desarrollo de toda empresa militar por insignificante que se le considere. Mover tropas, emprender marcha, sin haber previamente explorado y reconocido, es caminar a ciegas al desastre, es crimen profesional cuyo castigo fatal es la derrota.

Después de esto, las operaciones hasta Ayacucho, muy bien ejecutadas en el detalle mecánico y hábilmente dispuestas en la concepción técnica, no podían tener otro objeto, prosiguiendo el plan estratégico de copar las líneas enemigas, que el de provocar a los patriotas, hasta atraerlos a lugar adecuado para empeñar acción definitiva en malas circunstancias.

cias para éstos; pero resultaron poco eficaces por falta de actividad en la ofensiva táctica.

Observando, ahora, el lado del Ejército Unido, encontramos que Sucre dada su inteligencia, su pericia y prestigio, ofrece ejemplo sorprendente de subordinación a las instrucciones del Libertador, subordinación exagerada desde el punto en que se vió amenazado y en que pudo, cambiando la situación defensiva que le estaba señalada, atacar al Virrey en cualquier momento. Es esta la impresión que se tiene cuando no se profundizan el estado y la situación general de los medios heterogéneos que constituyen ese múltiple enigma que se llama guerra y mando militar; pero quienes a la luz de la Historia y con el apoyo de los conocimientos, de las circunstancias y de la profesión, juzguen la campaña de Ayacucho, no podrán menos que tributar homenaje de profunda admiración al saber, serenidad y subordinación de ese gran carácter que, ageno a las pequeñeces humanas, supo sacrificar anhelos para salvar la causa que defendía.

Las huestes que Sucre comandaba eran, en el tempestuoso mar de los acontecimientos que se realizaban, el Arca Santa depositaria de las esperanzas del continente. Dar salida a las impacencias era hacerla naufragar.

Un choque cualquiera desfavorable, una tentativa fracasada, era el sacrificio de la libertad que se peleaba; tan es así que Corpahuaico decidió al Virrey a librar batalla en Ayacucho, pues juzgó que Sucre solo buscaba con sus maniobras el escapar del círculo de hierro en que lo habían encerrado las evoluciones españolas precedentes y que sus tropas eran virtualmente inferiores para resistir el golpe de las realistas. Así, pues, las maniobras admirables que precedieron a la batalla eran la salvación del Ejército Unido, pues aun en el caso de desastre en Ayacucho, habría quedado la posibilidad de la retirada sobre Lima por el valle del Mantaro o sobre Ica por Huancavélica; en cambio, antes del 9 de diciembre no restaba otra expectativa que la derrota sin esperanzas de ningún género.

Condensando estas consideraciones, vemos del lado español durante la campaña, actividad estratégica y pasividad táctica o sea ofensiva en el plan y defensiva en la ejecución, y del lado de los independientes, solo defensiva, pero defensiva activa e inteligente, que supo aprovechar de todas las circunstancias y volver contra el adversario todos los incidentes de las operaciones.

Analizando los hechos que constituyen la batalla podremos observar que el dispositivo de las tropas españolas, en línea sobre la cumbre de la montaña, correspondía al tipo de formación que se usó hasta que la revolución francesa transformó los procedimientos tácticos y ofrecía el inconveniente de ser poco manejable y nada flexible. Al descender las tropas, la línea tenía que sufrir soluciones de continuidad que forzarían a la débil reserva que se había dejado, a entrar en acción prematuramente.

Los emplazamientos de la artillería y de la caballería eran ilógicos y no permitieron la utilización inmediata, oportuna y eficaz de estas dos importantes armas.

Las disposiciones del Virrey, preconcebidas para un desarrollo dado de los acontecimientos, estaban dirigidas a lo que sus fuerzas podían y debían hacer, pero no contaban con lo que el adversario haría, de donde surgió el desorden y la desorientación que son los precursores del fracaso. Jamás en el estudio de una acción de armas debe suponerse únicamente una solución: el rol, la labor del que concibe y traza el plan es indicar de manera precisa y neta el objetivo y los resultados que se desea alcanzar, dejando a cada subordinado, dentro de su círculo de acción, la mayor y más amplia iniciativa para emplear todos los medios a su alcance de concurrir al fin propuesto, quedando el jefe libre para actuar, con sus órdenes, allí donde sea necesario y surja lo imprevisto.

Punto en el que también debe insistirse es en la posición elegida por los realistas: la montaña—sin más lado accesible que el frente—no podía ser el emplazamiento táctico, pues tenía que dar como resultado lo que pasó, esto es que las tropas al descender, para desplegar, fueren atacadas durante la evolución, favoreciendo la acción ofensiva de los patriotas que, situados en el llano, tenían que ir al ataque y no esperar. Además, la situación en altura era inconveniente y desventajosa para los realistas bajo el punto de vista de los efectos del fuego tanto de artillería como de infantería.

Los movimientos de la división Valdez son admirables por su destreza y agresividad, pero el de las tropas de Monet resultó tardío y poco meditado. Ambos nos enseñan que en la guerra las acciones aisladas no dan ventaja, pues el triunfo solo lo consigue la concentración de las fuerzas y la multiplicación de los esfuerzos dirigidos sobre un objetivo único.

La infantería, en general, desempeñó el rol principal, las otras armas no tuvieron acción importante o decisiva, a pesar de que la caballería pudo haber preparado en la cumbre la resistencia para la retirada, apoyándose en la artillería

que, inmotivadamente, no jugó el gran papel que le correspondía, protegiendo y secundando con sus fuegos el avance de la infantería.

El dispositivo del Ejército Unido es ciertamente admirable. Adelantándose a la época, el corchete que, posteriormente, fué por algún tiempo formación excelente y preferida, apoyado en los flancos por serios accidentes del terreno, tenía la seguridad de no ser molestado por los costados, concentrando así toda la atención de las tropas al frente. Permitía la ofensiva enérgica en el momento en que las circunstancias la ofrecieran y aseguraba una ruda defensiva si esta se hacía necesaria.

En el desarrollo de los acontecimientos es de extrañar que se hubiera permitido avanzar demasiado a la división Valdez y el que los realistas asumieran la ofensiva al principio de la batalla, lo que dió por consecuencia la brega terrible de la división Lamar y la momentánea ventaja de Valdez, con peligro del resto de la acción.

La épica carga de la división de Córdova, la resistencia tenaz hasta el encarnizamiento, de Lamar, la acertada actividad de Lara y la constante acción de mando de Sucre, son las notas más culminantes del lado patriota. Estos esfuerzos fueron coronados por la oportunidad y vigor de la caballería de Miller, en la que, por segunda vez, los ya famosos "Huzares de Junín" cubrieron sus lanzas ensangrentadas de inmarcesibles laureles.

Sucre, que desde entonces se llamó el Gran Mariscal de Ayacucho, había, de un golpe, con sus atinadas disposiciones, afianzado notablemente su prestigio personal de hábil capitán; con las concesiones que permitió en la capitulación conquistó la merecida reputación de magnánimo; y con el espléndido triunfo de sus tropas rompió, para siempre, las cadenas que sojuzgando tres siglos el antiguo Tahuantisuyo, mantenían opreso, bajo el vasallaje colonial, a todo un Continente, que fué creado para hogar de la República y templo de la Libertad.



Tarea muy superior a mis débiles fuerzas intelectuales ha sido esta de diseñar la gran epopeya final de que fueron actores nuestros antepasados. Prodigadme vuestra indulgencia en homenaje al propósito que me ha guiado, en la seguridad de que al conmemorar así este brillante suceso, hemos cumplido con el deber de mantener vivos los recuerdos de

grandeza y heroísmo que ilustran nuestra historia común y fortalecen los vínculos de confraternidad sudamericana que es indispensable estrechar más y más para mantener incólume la obra sacrosanta de nuestros padres y libertadores

*Manuel C. Bonilla.*

Caracas: 1914.

